

HORA SANTA

CORPUS CHRISTI

EUCARISTÍA – VIDA CLAUSTRAL

Madre Mercedes de Jesús

Sierva de Dios

1º Exposición del Santísimo. Canto: Pange lingua

2º Monición: En esta Hora Santa reflexionaremos el Evangelio de Jesús de su claustro de amor. Hermanas, con alma concepcionista, es decir, con María, pongámonos en adoración ante Él Sacramentado para contemplarle; dispuestas a escucharle y bebernos sus Palabras como María a sus pies; para aprender virtudes, comparando su vida en su claustro de amor con nuestra vida claustral; para dejarnos evangelizar desde el Sagrario donde vive y desde donde nos habla. Preparemos nuestro corazón expresándole nuestro deseo de escucharle humildemente, con amor.

3º Canto: “Habla, Señor...”

4º Lectura: Mateo 28, 16 – 20.

5º Reflexión de la primera parte.

El Evangelio de Jesús, literalmente, terminó con estos versículos que hemos leído, precedentes a su Ascensión al cielo, pero la frase “yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” nos confirma que su Evangelio se prolonga, si no históricamente, sí mística y vitalmente porque él sigue viviendo, y si vive Jesús sigue evangelizando, pues ésa es su misión. ¿De qué modo? ¿dónde? Vitalmente, como he dicho, desde el Sagrario de modo singular.

El capítulo 6º de San Juan es una profecía de cómo Jesús vive y evangeliza ahora desde el Sagrario. Cuando, abriéndonos su Corazón divino Jesús dijo: “El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él”, la mayoría de sus discípulos le abandonaron.

De esta tragedia que amorosa y doloridamente vivió entonces Jesús y vive ahora en los Sagrarios, nace su evangelización actual, que florece en virtudes. Veamos.

- En el Sagrario, fiel a su amor, Jesús vive el abandono de los suyos.
- Ahí, en el Sagrario, vive en silencio con el Padre, y el silencio de los hombres, por quienes está sacramentado.
- Ahí continúa amándonos calladamente, entregándose en comida, sin ser correspondido.
- Ahí prolonga su humillación, su Kénosis, inmolándose por amor.
- Ahí recibe la incomprensión de sus redimidos.
- Ahí sufre la frialdad de sus seguidores.
- Ahí vive la indiferencia, quizá, de sus consagrados.
- Ahí vive sometido, no digo sólo al Padre, sino también a los hombres de quienes recibe los tratos irrespetuosos que quieren darle, sin quejarse.
- Ahí sufre las comuniones sacrílegas y profanaciones que le rompen el corazón.
- Ahí vive como el último de todos, lejos del ruido, de la ambición y de los honores del mundo.
- Ahí está como uno que no oye y no puede replicar, entregado a la humillación más inefable, sin figura de hombre, sin que sea percibido por la mayoría de la humanidad.
- Ahí continúa adorando al Padre e intercediendo incluso por los que le abandonan.
- Ahí sigue amando, llamando y esperando a los suyos.

Esto y más es el Evangelio de Cristo cuajado de virtudes, que él mismo nos lee desde su claustro divino, desde el Sagrario, donde nos espera para llenarnos de su amor, de su paz y de sus virtudes. Digámosle que queremos estar muy cerca de él, mientras le contemplamos con amor.

6º Canto: “Cerca de ti, Señor...”

7º Comparamos ahora su vida claustral con la nuestra reflexionando más ampliamente las virtudes que brotan de su vivencia de Sagrario. Como hemos reflexionado o contemplado en el Sagrario o claustro divino hay y se vive el amor sin límites. Hay humildad y se vive profundamente. Hay silencio de adoración. Hay obediencia más allá de la muerte. Hay entrega total. Se vive el anonadamiento, la inmolación sin límites. Ahí se espera sin límites, se aguanta sin límites, se perdona sin límites, se ora sin interrupción, se ama sin límites.

En nuestro claustro de amor, ¿qué hay? ¿queremos dejarnos evangelizar por el divino Prisionero?

- Jesús en el Sagrario, ante todo, adora al Padre, hace del Padre, como cuando vivió sobre la tierra, el Manantial de donde alimentó y alimenta su interioridad divina, por eso irradia eternidad, amor, infinitud, virtudes humanas. ¿Es así nuestra pasión por el Padre? ¿Hacemos de la adoración al Padre la pasión de nuestra vida?
- Jesús en el Sagrario es el gran Orante. Su pasión por la oración, por estar con el Padre, alimenta y colma de gozo sus horas de abandono en el Sagrario, su amor ininterrumpido a los hombres. ¿Es nuestra pasión la oración? ¿Oramos como él hasta llenarnos de Dios, de amor y de virtudes? ¿En qué ocupamos lo mejor de las energías que recibimos en la oración? ¿En desaparecer, como Jesús en el Sagrario, para que esté más viva la presencia de Dios en nosotras y en lo que hacemos, su gozo y su huella pacificadora y pacificante en nuestras obras y palabras?
- Jesús en el Sagrario está por amor y vive el amor, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres. ¿Estamos tan apasionadas por él, como él lo está del Padre y por nosotras, que no sentimos necesidad más que de estar colmadas de él, estar con él? ¿Cómo vivimos el amor? ¿Nos abrimos a las Hermanas, las acogemos, nos entregamos a ellas, morimos por ellas, acogemos sus deseos como Cristo acoge los del Padre?
- Jesús en el Sagrario vive el anonadamiento más total de su Ser humano y divino por amor. ¿Vivimos así? Este anonadamiento amoroso de Jesús, ¿arranca de nosotras las susceptibilidades, protagonismos, mediocridades en el amor fraterno? ¿Nos hace amar y mirar a las Hermanas con el amor y pureza de Dios teniéndolas por superiores a nosotras?
- Jesús vive en el Sagrario su irrenunciable obediencia al Padre y a los hombres, a los que se somete para estar presente donde ellos le llevan Sacramentado, cuando quieren y donde quieren. ¿Vivimos así nuestra obediencia monástica? ¿Entregamos el corazón en lo que obedecemos? ¿Acogemos las iniciativas, no sólo de la que tiene la solicitud por todas las Monjas, sino también las de las Hermanas, con la humildad de Cristo?
- Jesús vive en el Sagrario el abandono de los hombres, está allí como el último de todos, como uno que no oye y no puede replicar. ¿Vivimos así la incompreensión , el abandono de los demás, descansando en el corazón del Padre, dejando en sus manos el olvido de las criaturas o propias preocupaciones, para ocuparnos sólo de lo esencial, de él, del crecimiento de su vida divina en nuestras almas?
- Jesús prolonga en el Sagrario su Kénosis divina, su humillación sin límites, su inmolación por amor, sin que nadie lo perciba. ¿Vivimos así nuestra consagración monástica? ¿Morimos al propio yo como él murió en la Cruz? ¿Vivimos pacificadas en la humildad y humillaciones, liberadas de nosotras mismas, apasionadas de Dios, y de su imagen, que son todos los hombres, llenas de amor y perdón hacia ellos, sin que perciban nuestra inmolación claustral? ¿Deseamos pasar desapercibidas en nuestra vida de comunidad, ser las últimas en las honras y las primeras en el trabajo?
- Jesús vive en el Sagrario en silencio con el Padre, y el silencio de los hombres. ¿Nos hemos planteado la semejanza de nuestro silencio monástico con el silencio adorador de Jesús? ¿con su vida escondida en Dios? ¿Metemos en el corazón su

silencio divino para vivir inmersas en lo esencial de ese silencio y amor divino que apaga pensamientos, deseos, juicios ajenos a nuestra vida interior vinculada al Gran silencioso? ¿Hemos pensado que Jesús quiere nuestro corazón para Sagrario, para morada suya, no sólo el tiempo que permanece su Presencia real en él después de la Sagrada Comunión, sino durante todo el día? ¿Veneramos este lugar, nuestro corazón, donde ha estado el Señor, adorándole, viviendo en recogimiento su misma adoración y acción de gracias al Padre, manteniendo su recuerdo amoroso durante el día? Si se veneran los Santos Lugares donde él ha vivido, ¡cuánto más debemos venerar nuestro corazón donde vive diariamente!

8º Petición de perdón, después de un espacio de silencio.

Después de reflexionar las virtudes que Jesús vive en su claustro divino, y las mediocres que nosotras vivimos en nuestro claustro de amor, reconocemos ante el Señor Sacramentado nuestra incoherencia, nuestra debilidad, que es expresión de nuestra realidad ante él. Si lo hacemos de corazón, será el clamor más hermoso de perdón que vamos a presentarle desde nuestra conciencia de respuesta muy pobre a su amor e inmolación eucarísticos.

- Por no haber estado apasionadas de Jesús Eucaristía, como él lo está por el Padre. ¡Perdón, Señor, perdón!
- Por no haber entendido tantas veces que Jesús permanece en el Sagrario esperándonos para darnos su misma pasión por el Padre, su entrega, su misma vida de amor. ¡Perdón, Señor, perdón!
- Por no haber acudido a alimentar nuestra interioridad con su presencia sacramental en el Sagrario. ¡Perdón, Señor, perdón!
- Porque a veces hemos sido más fieles al mundo y sus criterios que a las virtudes que Jesús nos evangeliza en el Sagrario. ¡Perdón, Señor, perdón!
- Por no haber sabido transmitir con nuestro comportamiento la razón de vivir, de amar, de sufrir, de morir (a una misma), que es Jesús Sacramentado. ¡Perdón, Señor, perdón!
- Por no haber sabido decir a la gente dónde está la verdadera sabiduría, el verdadero amor, la verdadera vida, la verdadera paz y felicidad, ¡la única Verdad! Que está en el Sagrario... ¡Perdón, Señor, perdón!

Breve silencio. Puede cada una pedir perdón por el desamor que ha tenido hacia Jesús Sacramentado, Sagrada Eucaristía o Santa Misa.

9º Para terminar, hermanas, preguntémonos acerca de nuestra intimidad con el divino Prisionero. ¿Qué sucede entre nosotras y él cuando le miramos? ¿qué sucede? Jesús es el Amor, ¿nos enciende en él?. Jesús es manantial de vida divina, ¿crece nuestra vida interior? Jesús irradia santidad, ¿dejamos que la transmita en nuestras actuaciones? ¡Hermanas, para esto estamos en su Casa! ¡Para esto! Y si le amamos y nos amamos a nosotras mismas no olvidemos que sólo imitándole llegaremos a la plenitud de lo que somos, absorbidas por su amor. Sólo imitándole, nuestro yo morirá, dando paso a la humildad. Sólo contemplándole, nuestra mente, catalizada por él, dará paso al gran silencio divino. Sólo amándole, nuestros apasionamientos por las cosas, honra y personas, dará paso a la pasión por Dios y olvido de todo. Sólo imitándole, nuestra mediocridad en el amor, encendido por el fuego de la oración dará paso al amor fraterno que irradia por su calidad. Pidámoselo con María, nuestra Madre, Sagrario viviente. Que interceda en ello nuestro Padre San José y nuestra Madre Santa Beatriz.